LA ESTRELLA

REVISTA MENSUAL INTERNACIONAL

Editora: Doña Guadalupe Gutiérrez de Joseph

DIRECTOR	ADMINISTRADOR	TESORERO
D. FRANCISCO ROVIRA	D. LUIS GARCÍA LORENZANA	D. MÁXIMO MAESTRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

EN ESPAÑA: Un semestre................. 3 ptas. / Un año........................ 6 »

EN MÉXICO: Un trimestre............. 0,75 pesos / Un semestre............. 1,50 » / Un año.................. 3,00 »

Para los demás países de habla española el precio será de un dollar y cincuenta centavos, y sólo se servirán suscripciones anuales

= NÚMERO SUELTO, 60 CTS. =



Año I. • Número 8 • Mes de octubre de 1928

SUMARIO



OTRA. Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, D. F., con fecha 10 de Agosto de 1928.

La correspondencia a la Redacción de esta Revista, Sierpes, 78, SEVILLA

9

SECCIÓN INTERNACIONAL

EN BUSCA DEL AMADO

Amigo, ven, te mostraré la senda
Donde puedas abrir el alma tuya
Y en ella al dulce Amado aposentar.
Como se encuentra en hondo yacimiento
El metal más preciado, en lo profundo
Del corazón tú debes más ahondar
Por descubrir el oro que contiene,
Y si anhelas la faz del muy Amado,
Gloria y luz de tu vida, contemplar,
Dentro del corazón has de perderte
Y hundiéndote en el ser donde está oculto
Velo tras velo tienes que rasgar.

* * *

Cual se agazapa bajo el humo denso
Antes de alzarse en rugidora llama
El incendio traidor,
Amigo, el corazón, la mente tuya,
Están ocultos en obscura nube
Que puede despejar
El anhelo potente de tu alma,
La hondura sin final de tu propósito,
Tu deseo arrollador.

* * *

¿Sabes, amigo, que el Amado tuyo,
El de tu corazón tan anhelado,
Es también el Amado y dueño mío?
En tiempos ya pasados, negro velo
Le ocultó para mí, pero rompiendo
Esa separación, lo he recibido
Dentro del corazón, en donde mora
Y vivo consumiéndome de amor.

* * *

Escucha, el dulce bien y Amado mío
Es de todos los seres el amor,
Y Él y yo somos uno, perdurables
Y eternamente unidos; la manera
Ya encontré cómo hallar el formidable
Éxtasis de propósito que en la vida
Las fuentes abrirá de la belleza,
De la dicha inmortal para los seres
Y la inefable luz de la verdad.

* * *

Como vive guardada en la ceniza
La chispa que dará vida y calor,
Así la luz que ha de guiarte, amigo,
En polvo de experiencia oculta está.
No esperes la llegada de las sombras
Que han de inundar el valle y que te ocultan
A la mirada la montaña azul
Toda llena de sol. Mientras es día,
Puedes ver el camino que te lleva
A las grandes alturas. Llegó el tiempo
En que puedas marchar a la luz plena,
El Señor es contigo, ya ha llegado,
Porque uno somos el Amado y yo.

* * *

De la misma manera que en invierno
No puedes tú mirar bajo la tierra
Las semillas que habrán de alimentarte
En el año futuro, así en los tiempos
De tinieblas, de lucha y confusión,
No puedes contemplar la perdurable
Dicha que ha de nutrir la vida tuya
Lo mismo que un divino manantial.

* * *

Como en la dulce primavera, amigo,
Toda semilla brota preparada
Para la gloria de su plenitud,
En los días de tu grande regocijo
Toda semilla de tu pensamiento,
Todo acto de tu ser emocional
Está ya preparado para el fruto
Que a su tiempo tendrá que cosechar.

* * *

Cual es triste mirar que en el Otoño
Todo el follaje se marchita y cae,

Así es triste, oh amigo, que en los tiempos
De tu pena ninguno te proteja
Ni te libre y que caigas dolorido
Presa en las sombras de tu creación.

* * *

Para todo hay un tiempo y ha venido
El momento en que sigas caminando
Bajo el fulgor de la inefable luz,
El Señor es contigo, Él ha llegado
Porque uno somos el Amado y yo.

* * *

Como arroja el viajero precavido
Lo que haga sus alforjas más pesar
Porque sabe lo que es ir abrumado
Y con pesada carga caminar,
Arroja tú, amigo, toda cosa
Que ha de estorbarte en tu peregrinar,
Sé sabio cuando emprendas el camino
En busca del Amado celestial.

* * *

Sin el Amado no habrá consuelo,
Ni regocijo,
Ni perdurable felicidad;
Sin el Amado habrá batalla,
Lucha y conflicto,
Busca, miseria y obscuridad.

* * *

Y el Amado eres tú, mi buen amigo,
Pero para lograrlo y retenerlo
Estrechamente unido al corazón
Y con firmeza dentro de la mente,
No debes de tener un punto obscuro
Dentro del ser oculto, ni consuelos
Falaces, ni deidades complacientes
Que te aconsejen tu comodidad.
No te ha de atar de la avaricia el lazo,
Ni has de albergarte bajo de las sombras,
De las creencias y los pensamientos,
Ni afectos que te traben guardarás.

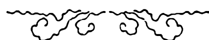
* * *

Y persigue tu yo desde su albergue
A otro albergue mayor;
Del templo aquel en que se esconda luego,
A otro templo mayor,
Del deseo que acaricie, a la falacia
De otro deseo mayor,
Desde su vanidad pequeña y ruda
A vanidad mayor,
Y persigue tu yo implacablemente
Sobre la vía de su delectación,
Pregúntale tenaz si aún guarda avaro
Su certidumbre agónica y falaz;
Llévalo al fin al claro luminoso
Donde no arroje sombras al andar
porque es allí donde el Amado mora
Y uno solo serás con el Amado
Y llegarás a ser como soy yo.

* * *

Para todo hay un tiempo y ha venido
El momento en que sigas caminando
Bajo el fulgor de la inefable luz,
El Señor es contigo, Él ha llegado
Porque uno somos el Amado y yo.

J. Krishnamurti



LA COSECHA DE LA VIDA

por J. KRISHNAMURTI

En mi habitación había ayer muchas flores y mucho sol, pero todas las ventanas estaban cerradas, y vi una mariposa que aleteaba contra las vidrieras, tratando de escaparse al cielo azul, al aire libre, en suma, hacia la libertad. La estuve observando durante un rato. Primeramente buscó algún medio de escapar por arriba, luego por abajo, recorriendo todos los cristales sin encontrar manera de salir, hasta que al fin abrí la ventana y la dejé escapar. Así son los hombres, están encerrados en una urna y tratan de escapar hacia el libre espacio. Pero antes de llegar a sentir el intenso deseo de salir, como ansía la mariposa las flores, su perfume y su miel y la compañía de otras mariposas, los hombres tratan primeramente de averiguar de qué clase de cristal está hecha su urna, qué antigüedad tiene, quién la hizo, en qué edad se formó, si tiene una contraparte en otros planos, si fué el Logos quien la creó o si otro es el responsable, y si es solamente en el plano físico donde se sufre. Se diferencian de la mariposa en que ellos no tienen el ansia de escapar, ni tienen el anhelo de libertarse y volar hacia el amplio cielo donde hay libertad y dicha. Saben que existe esta libertad, esta liberación y esta felicidad; pero antes de poder comprenderla, antes de poder gozarla, tienen que pasar por el minucioso examen de los detalles de la construcción y del material de su urna de vidrio. Están enredados en estas cosas sin valor y no pueden encontrar esa libertad que sus almas aman y que todo su ser anhela. Y yo me he propuesto, durante estas charlas, demostraros que estáis encerrados en vuestra urna. Aunque percibáis la luz del sol, la libertad fuera, estáis, no obstante, retenidos en esa cristalina urna, y en tanto que no sintáis el deseo de escapar, mientras no busquéis la liberación y la dicha, quedaréis prisioneros, porque vuestra liberación solamente ha de llegaros cuando obtengáis la completa aniquilación de esa urna que ahora os guarda. Esta aniquilación consiste en el desenvolvimiento del yo. Permanecéis todavía prisioneros en esa urna a causa del orgullo que ponéis en vuestras pequeñas concepciones, preguntas y ansiedades, y en el instante que percibís la inmensidad del firmamento azul, cuando sentís el aire fresco y gozáis de la brisa de las montañas, cuando ya no os ocupáis en averiguar de qué clase es vuestra urna, sino que lucháis para destrozarla con toda vuestra energía, con vuestra fuerza creadora, entonces empieza la propia comprensión, entonces se efectúa el desdoblamiento, el desarrollo del yo.

En mis charlas he tratado de demostraros que por magnífica, por maravillosa que sea la autoridad externa, no puede ayudaros. La única autoridad que habéis de obedecer está en vosotros mismos. Nunca he deseado crear partidarios míos ni de mi pensamiento particular; mi deseo ha sido el crear en vosotros ese anhelo de encontrar la Verdad por vosotros mismos, de escapar hacia esa libertad en donde se encuentra la destrucción de la personalidad. Si habéis comprendido mis pláticas, será evidente que la Verdad será vuestro guía, el único gurú, el altar único ante el que habéis de orar, y la Verdad es el Amado, y el Amado está dentro de aquellos que sufren, que anhelan, que tratan de encontrar la Verdad. Y el Amado viene a esos, y llama a las puertas del corazón de los que tienen semejante anhelo, de los que tienen tal deseo de descubrir y de unificarse con el Amado.

De la misma forma que un árbol está cargado con todas sus hojas, está el hombre cargado con sus ansiedades, penas, dificultades, placeres y alegrías. Y lo mismo que las hojas se marchitan y caen en el otoño, así del hombre que ha logrado liberación y felicidad caen todos los dolores, todas las penas, todos los placeres. Es eternamente uno con la grande, perdurable y eterna Felicidad. Porque aquello que logréis establecer dentro de vosotros mismos nunca os ofrecerá duda, ni habrá nunca reacción contra lo que vosotros mismos hayáis construído. La liberación, la feli-

cidad y su logro están en vuestras propias manos, están en vuestro poder de adquisición, y son el fin de toda cosa. Si esto queda establecido firmemente dentro del corazón y la mente del buscador, aunque todavía esté cargado durante muchos días, como el árbol, con hojas de ansiedad, de dolor y de placer, puede hacer que estas ansiedades y estos dolores se marchiten y caigan como las hojas secas en el otoño. Como para mí no existe la menor duda sobre la obtención de esa Felicidad, por eso, durante mis charlas, he estado tratando de establecer en vuestras mentes la visión de la liberación, de suerte que no haya dudas para vosotros y que podáis ver esa realidad y abarcar toda la verdad de esta visión, para que, cuando volváis al mundo y os alejéis de este sitio, no haya interrogaciones, dudas, ansiedades, investigaciones, búsqueda ni tanteos en las tinieblas. Una vez establecida firmemente la verdad en vosotros mismos, siempre podéis retiraros a ese lugar seguro dentro de vuestras mentes y corazones para buscar el conocimiento, para buscar el entusiasmo y la aspiración. Para los que buscan, solamente existe una fuente de entusiasmo, delicia y felicidad, y esa fuente está dentro de ellos mismos; y los que dependen de otros para tener ánimo y dicha, fracasan en su busca. Los que han tenido la fortuna de encontrarse aquí durante estos días, establecerán, así lo creo yo, la verdad firmemente dentro de sí mismos, de forma tal que en lo futuro ya no hayan de hacer tanteos para encontrarla. En vosotros mismos, es decir, en vuestras mentes y corazones habéis erigido el edificio, el altar, el templo en el que podéis adorar sin cosas externas, y vuestro dios es vosotros mismos y vuestra obtención de la Liberación y la Felicidad. Para alcanzar esa Liberación y esa Dicha habréis de tener capacidades de amor y devoción, y grandes energías para levantar ese edificio de magnificencia, de suerte que, sea lo que fuere lo que hayáis construído, resulte de vuestra propia hechura, con materiales vuestros, con sufrimientos y placeres vuestros. Porque lo que hayáis creado con vuestras manos, durará eternamente, y lo que otro haya creado con sus manos para vosotros, no perdurará un solo día. Si esto queda bien establecido en vosotros, cesan ya vuestros tanteos en busca de la Verdad.

De la misma manera que cuando baja la lluvia los arroyos y los grandes ríos se hinchan con las aguas y se acercan más y más, precipitándose hacia el mar, así cuando viene el Amado, cuando él está en vosotros, adquirís más prontamente; los ríos de vuestras mentes y corazones irán henchidos con muchas aguas que os precipitarán hacia la meta que es la Liberación para todos. De manera que, si obtenéis esa mente y ese corazón, el tiempo, como tal, no existe; no tenéis necesidad de esperar a que se apresure la evolución para que os arrastre, sino que, a causa de que habéis percibido al Amado y porque él está en vosotros, vuestras mentes y corazones se han hecho más amplios, y llegaréis a entrar en ese océano de Felicidad y Liberación aun cuando todavía ello tarde mucho tiempo. Los débiles se fortalecerán y los fuertes intensificarán más su fuerza. Los que amen sentirán que su amor se aumenta y se glorifica, y los agobiados por el dolor buscarán consuelo y lo hallarán, porque solamente en ellos está el consuelo que buscan. Y estas cosas son posibles solamente porque el Amado está en vosotros. Si babéis encontrado y tenéis capacidades de gran devoción, energía y amor, retendréis al Amado en vuestro corazón y en vuestra mente en las épocas de grande sufrimiento y ansiedad. Y debéis amar la Verdad, porque dentro de vosotros está el Amado, porque lo habéis percibido por un momento, de la misma manera que yo lo poseo eternamente, porque el Amado es la Verdad y la Verdad es el Amado. La Verdad es la única cosa que cada uno debe buscar, por la que todos deben luchar, desechando todas las demás cosas al buscar la luz que iluminará al buscador en su camino hacia la paz.

Durante estas nuestras pláticas, he abierto mi corazón de suerte que podáis percibir mi Felicidad, porque esa Felicidad es la de mi Amado y quiero dar a otros lo que yo poseo. Porque mi Amado me ha llenado con su amor no hay para mí ningún esfuerzo, ninguna lucha, ningún tanteo, ni busca, ni satisfacción con las cosas fugaces y pasajeras. Así, pues, a mi vez os daré ese amor, y por tanto, lo daré al mundo entero. Porque en torno nuestro hay sufrimiento, dolor y placer pasajeros, los que han probado este amor que está en ellos mismos, que es el del Amado, darán y llenarán los corazones de los que sufren, de los agobiados por el dolor, de los débiles y de los fuertes.

Habéis estado conmigo en estas últimas seis semanas, o más, en el Castillo, y mi propósito intenso ha sido el de poneros de manifiesto vuestros propios corazones, mostraros vuestras propias mentes, para que fortalezcáis vuestros deseos

y purifiquéis vuestras mentes para percibir y por ello alcanzar la Liberación. Y me parece que los que han estado cuidadosamente probando y luchando consigo mismos para descubrir la meta, ya la han encontrado; y porque la han encontrado, será para ellos más fácil triunfar y ayudar a otros a percibir y a triunfar. A causa de haber yo mismo adquirido esa Liberación y esa Felicidad, es mi deseo intenso que vosotros mismos participéis de ellas para daros la suficiente fuerza para luchar y triunfar, el deseo lo suficientemente ardiente para despreciar todas las cosas con el fin de triunfar. Como ya os lo he dicho, porque habéis estado conmigo, ha sido mi intención perfeccionaros en corto tiempo. Es posible, debido a que el Maestro ha estado con vosotros, obtener esa perfección en un período corto y hacer así que el tiempo, como tal, desaparezca, y porque habéis estado conmigo y yo os he abierto mi corazón y os lo he brindado, debéis proseguir. Puesto que habéis percibido y algunos de vosotros han llegado más cerca de esa gloria, debéis proseguir y compartirla con otros. Porque ya habéis logrado, no diré que la Liberación completa, pues eso no es cierto, porque habéis percibido el sendero de vuestra vida, porque ya habéis recorrido ese sendero, ya está en vosotros el haceros perfectos en poco tiempo. A causa de que habéis visto la misma faz del Amado, él vivirá en vuestros corazones y pacificará vuestras mentes.

Durante estas charlas he tenido la intención de daros lo que tengo dentro, de fortaleceros en vuestros propios propósitos. Y porque ya habéis percibido, habréis de ser sabios de corazón y poderosos en fortaleza, y en esto consiste vuestro especial deber, el deber que os habéis creado vosotros mismos. Doquiera que estéis habréis de ser siempre discípulos de esa Liberación y de esa Felicidad. Porque mi Amado mora en mí, siento por todos vosotros un enorme afecto, y no estoy triste o apesadumbrado porque os marchéis, al contrario, me siento dichoso porque habéis tenido la alegría de ver esta Liberación en vuestras mentes y de sentir esta Felicidad en vuestros corazones, porque de aquí iréis a darla a otros, si sois juiciosos, para fortalecer vuestra propia felicidad, para purificar vuestra propia visión. Seréis cuerdos si la dáis a los demás, y necios seréis si tratáis de guardarla para vosotros mismos, si la embotelláis, si la reserváis para vuestro uso exclusivo. Será destruída si no se da a los demás, si no es repartida con ellos.

Yo he sentido que muchos de vosotros habéis comprendido, pero muchos aun permanecéis cogidos en vuestras propias redes, en vuestras propias complicaciones, y para mí ha sido muy difícil destruir esa red para libertaros. Algunos de entre vosotros no queréis ser libertados, y preferís estar en la red, porque cuando estáis libres no estáis seguros, no estáis ciertos; y por ese temor preferís quedar enredados en vuestras propias limitaciones y dudas, en la sombra de otro. Pero muchos de vosotros, me parece, habéis visto que la obtención de esa liberación y que el llegar a ese reino de Felicidad no está en lo externo, sino en lo interno, no está a la disposición de otros, ni bajo la autoridad ajena, ni en la posesión de extraños, sino dentro de vuestro propio ser; y mi propósito ha sido el de acercaros a mi corazón, porque solamente allí encontraréis ese Reino y esa Liberación que está en vuestros propios corazones. Vuestros corazones han estado cubiertos, y vuestras mentes debilitadas y nubladas, y por eso he tenido el propósito de iluminarlos, para establecer en ellos esta Liberación y esta Dicha, para que no os quede en ellos sombra de duda, para que no haya preguntas, para que no haya más búsqueda ni tanteo. Y ahora que algunos de entre vosotros habéis entrado en mi corazón y participado de él, debéis salir y darlo a otros, y por vuestros actos, vuestra conducta, porque en la conducta está la rectitud, seréis juzgados. Seréis conocidos solamente por vuestras vidas, por vuestra conducta, y no por la autoridad; no por vuestras adquisiciones superficiales, por vuestros superficiales conocimientos, sino por lo que hayáis obtenido en los días que habéis pasado aquí, en Eerde.

EL DERECHO DE INTERPRETAR

POR EL PROFESOR E. A. WODEHOUSE

En el artículo titulado «Pensamientos sobre el Advenimiento» que el Obispo Arundale publicó en LA ESTRELLA del mes de junio de este año, se presenta una cuestión que me parece vale la pena de tomarse en cuenta y discutirse. Habiendo anunciado que se propone publicar algunas de sus más recientes y maduras reflexiones sobre el asunto de Krishnamurti, dice: «No pretendo ni por un momento interpretarle; el tratar de hacerlo sería presuntuoso y necio»; y explica el por qué, diciendo: «Si tratase de interpretar al Señor, me esforzaría en medir lo inconmensurable con la unidad de lo limitado; sería empeñarme en declarar que el Señor es lo que a mí me parece en la media luz de mi comprensión extremadamente parcial. Él es todo para todos los hombres; no, para toda vida, porque él es lo Eterno y lo Verdadero en todas las cosas.»

Lo que es incontrovertiblemente cierto en la aseveración anterior, será claro y obvio para todos; tan obvio que acaso no hiciera falta decirlo. Es, que materialmente se hace imposible que una inteligencia finita comprenda plenamente, y que interprete plenamente una Inteligencia que es infinita. Cualquier intento de hacerlo así, será, por consiguiente, como lo hace notar el Obispo Arundale pretencioso y necio. Pero más pretencioso y necio sería, que el pretendido intérprete buscase en cualquier forma el atar a otros con su propia interpretación. El afirmar, por ejemplo, que «esto y nada más» es lo que el Instructor quiere decir, y que «todo el mundo debe aceptar esta versión como la verdadera», es una afirmación que solamente la más presumida necedad puede hacer, y que sería considerada por las personas sensatas como merecedora de ser rechazada con la condenación del Obispo. Pero, ¿hay alguien lo suficientemente atrevido para hacer semejante afirmación? Me parece que no. Pero, aparentemente se está haciendo esto, por increíble que parezca, y se hace en amplia escala. Leemos, en efecto, en la siguiente página del artículo del Obispo: «Hay muchas gentes que están estableciendo la Ley, pues entienden que Krishnamurti establece la Ley». Pero eso de «establecer la Ley» puede entenderse aquí únicamente como una especie de interpretación personal y dogmática a la que acabamos de aludir.

No me propongo trartar de este asunto, a excepción de decir que, por mi parte, no me he encontrado con ejemplo alguno de semejante arrogancia. He leído artículos, en las diversas publicaciones de LA ESTRELLA, en los cuales los autores han tratado de poner honradamente un poco de lo que Krishnají y sus enseñanzas significaban para ellos, por ejemplo el modesto y admirablemente recto ensayo del Sr. Chandrasekhara Aiyar, titulado «El Camino de la felicidad», parte del cual aparece en el mismo número de junio de LA ESTRELLA, y otro que he encontrado sencillo, bien puntualizado y sin pretensiones del señor Yadunandan Prasad. Pero en ninguno de estos he encontrado el espíritu de presuntuosa necedad a la que hace referencia el Obispo Arundale. Nada más puedo decir, sin embargo, porque no he leído todas las revistas de LA ESTRELLA, y estoy dispuesto a reconocer que el conocimiento del Obispo Arundale sobre literatura de LA ESTRELLA es mucho más extenso que el mío. Solamente puedo decir esto: que si sus juicios son correctos, las revistas de LA ESTRELLA que no he leído deben ser bien diferentes en tono de las que he leído. Pero quizá se refiere, no solamente a los escritos sino a charlas. En tal caso no puedo seguirlo a la región de los hechos, puesto que no estoy al corriente de lo que se dice en las diferentes partes del mundo. Dejo, pues, el asunto de los hechos y paso a una más abstracta cuestión, que es en realidad la más importante, la del derecho de interpretación en general.

Empezaremos por la verdad ya expuesta: de que una inteligencia finita no puede comprender e interpretar plenamente una Inteligencia infinita. Pero esto no significa que la inteligencia finita no trate, al menos, de comprender tanto como le sea posible, por más que sepa, desde luego, que nunca podrá llegar a abarcar su sentido completo. A lo menos, a mí me lo parece. Cuando se da al mundo una gran enseñanza es, evidentemente, con el fin de que los hombres la puedan comprender. Y si el deber de todos los hombres

es el de comprenderla, cuando menos hasta el límite de su capacidad, es también *ipso-facto,* el de interpretarla. Pues comprensión, en este caso, significa interpretación. Yo solamente puedo comprender una enseñanza, por decirlo así, en la medida en que puedo cogerla y hacerla mía, interpretándola en los términos de mi propia naturaleza particular. Puedo tener razón o estar equivocado en el significado que le atribuyo, pero, cuando menos es lo mejor que puedo hacer. La conciencia que seguramente poseo de que, a medida que el tiempo pase probablemente iré descubriendo más y más amplios significados de lo comprendido, de suerte que llegue a refutar y anular mi primera comprensión, no implica que deba esperar pasivamente hasta que esos más amplios significados se me vayan revelando. La naturaleza misma de mi intelecto lo obliga a estar constantemente activo; y mi camino para llegar a una más amplia perfección debe estar, necesariamente, a través de una serie de interpretaciones y reinterpretaciones, cada una de ellas de acuerdo con la luz de que, por el momento dispongo. Por consiguiente, lejos de ser presuntuoso o tonto para mí el tratar de interpretar una enseñanza en este sentido, es algo a lo que me veo forzado por la misma ley de mi propia naturaleza, y no tengo otra alternativa posible que la de abandonar por completo la enseñanza y no tratar en lo absoluto de comprenderla. Si el Obispo Arundale admite esto, como tengo la seguridad de que lo admitirá, en tal caso ya hemos limpiado una parte del campo de la «interpretación» del estigma de necedad y presunción.

Paso a otra parte, que creo que es a primera vista más rebatible, pero que también me atrevo a creer, que sobre ella se puede hacer alguna reclamación. ¿Debo, o no debo, cuando he descubierto un significado personal guardar silencio sobre ello? ¿Debo guardarlo como un tesoro en secreto, o puedo hablar a otros acerca de ello? El Obispo Arundale es partidario de guardar silencio, según deduzco de la frase que ya he citado («No pretendo, ni por un momento interpretarlo»). Esta frase puede significar: «No presumo decir a mis lectores nada de lo que Krishnají y su senseñanzas significan para mí.» Puede implicar más aún, es decir, que él no pretende imponer a otros su propia interpretación de Krishnají; la frase, como ya lo he dicho, contiene una verdad tan obvia que no vale la pena de escribirla. Sin embargo, como yo no puedo estar seguro del exacto pensamiento que se oculta tras la frase, abandonaré este punto. Lo realmente importante es saber si en este caso se recomienda el silencio o la libre expresión; o de manera más precisa, si se ha de decir a las gentes la propia individual interpretación o no. Yo no puedo dejar de pensar que debe esto ser permitido, siempre que se tenga en cuenta la reserva de no tratar de «establecer la Ley», o de obligar a otros a creer como nosotros. Y mi razón para pensarlo así es la que sigue:

Si, como dice el obispo Arundale, el Señor «es todo para todos los hombres» y, en consecuencia, significa algo completamente diferente para cada uno de ellos, de acuerdo con sus propias naturalezas y necesidades, entonces lo que Él quiere decir específicamente para A. o B. o C, debe ser, cuando menos, parte de lo que expresa en su totalidad, aunque sea solamente una parte infinitesimal. Para A., B. o C., por consiguiente, el poner en palabras este significado especial, y hacerlo conocer a los otros, es, en su propia y humilde manera una contribución a la comprensión total, y, en consecuencia, podemos suponer que sea permisible. Cuando menos, yo no puedo ni remotamente pensar que no lo sea, o que deba considerarse como cosa necia o presuntuosa. Lo que es más, tengo la sensación de que en un individuo que busque la manera de expresar la reacción que sobre él haya hecho una gran enseñanza, en una forma indirecta puede ayudar a otros para que manifiesten y expresen sus propias reacciones, en la forma en que el leer una crítica literaria sobre una obra genial tiene el efecto de estimular al lector para que aplique al trabajo en cuestión su propia interpretación crítica. Mas aún, para una mente realmente generosa, todas las expresiones de aprecio de aquello que se ama, y todas las manifestaciones de vívido interés en ello, no importa que sean elementales y sin autoridad, tienen que producir placer. Si, por ejemplo, a mí me agrada un poema determinado, me encantará que otro lo alabe, y hasta que lo interprete a su propia manera aunque esta interpretación pueda ser bien diferente de la mia. Doy por descontadas las diferencias y solamente pienso en el lazo que se ha establecido entre el escritor y yo mismo, en cuanto a que ambos gustamos de la misma cosa, y se puede extender un sentimiento de afecto entre todos aquellos que en este momento hablan o escriben con el corazón rebosante lo que ellos creen y sienten acerca de

Krishnají. No debe despertar esto una reprensión, más bien una sonrisa, aun cuando la sonrisa sea solamente de indulgencia.

El ejemplo que acabo de tomar de un poema predilecto, me parece que es notablemente aplicable al caso de que se trata. Porque Krishnají ha aparecido como un amanecer para muchos de nosotros durante el año pasado, como la revelación de una belleza nueva. Ha venido a nosotros con un estremecimiento de delicia, como una obra de arte recientemente obtenida. Y el hecho de que muchos se hayan sentido impulsados a coger la pluma para descargar sus corazones de esta nueva y maravillosa experiencia, a mi entender es tan inocente, tan justo y humano, y tan perdonable, como sería el impulso, de parte de aquellos que hubiesen escuchado la quinta Sinfonía de Beethoven o que hubiesen leído la Oda a la Inmortalidad, por la vez primera, y tratasen de escribir sus impresiones acerca de ellas. Lo que escribiesen podría carecer de sentido común, podrían haberse dejado arrastrar por el entusiasmo, y, usando de la expresión del Obispo Arundale, podrían haber sido «necios»; pero yo no puedo considerar su esfuerzo como «pretencioso». Lejos de serlo así, lo miraría yo como una forma de homenaje. Y aunque aquí y allí, algún escritor se haya aventurado por los peligrosos campos de la «interpretación», esto, me parece que podría perdonarlo una poca de humana simpatía. La interpretación, en semejantes circunstancias es solamente la necesidad natural del escritor de expresar su deuda intelectual y emocional. «Me he sentido iluminado», nos dirá; «y de esta manera traduzco yo la iluminación». No puedo por menos de pensar que el Obispo Arundale debería de haber lanzado una mirada menos austera sobre estas ebulliciones de espontáneo sentimiento. Parece que para él tienen cierta implicación funesta, y varias veces nos previene para que no vayamos a caer otra vez en semejante falta. Escribe: «Algunos aceptarán el principio extáticamente, dejando que sus palpitantes naturalezas los alcen de cuando en cuando hasta lo Eterno. A medida que pase el tiempo, vacilarán, y habiendo comenzado con la aceptación, pueden acabar rechazando». ¿No parece el futuro «vacilarán» aquí un poco duro?

Pero volviendo a nuestro asunto. No puedo estar conforme con el Obispo Arundale en que cualquiera forma de interpretación sea presuntuosa, a menos que implique una autoridad coercitiva, y, a menos que pretenda ser definitiva y absoluta. Por el contrario, sostengo que hasta donde Krishnají nos puede hacer pensar e interpretar su Mensaje, es hasta donde la Orden puede demostrar que está viva. Ni puedo tampoco sostener que el tratar de dar a los demás nuestros propios descubrimientos, sea la arrogancia que parece implicar el Obispo Arundale. Una vez más sostengo que mientras mayor sea el coro de los que dicen: «Esto es lo que yo he encontrado», y mayor el número de voces que se le unan, más evidentes son los signos de vida. ¿No nos ha mandado Krishnají explícitamente a buscar por nuestra propia cuenta? ¿No somos nosotros, en realidad, los «Buscadores del Tesoro», siguiendo cada uno su propia senda? ¿Y no debe aquel que haya encontrado, aunque sea un diminuto fragmento de oro, comunicar su hallazgo y buena fortuna a sus semejantes? ¿Para qué, pues, sirven las veinte o treinta revistas de *The Star*, si no hemos todos de participar de estos descubrimientos? ¿Son estas revistas solamente para los escritos de Krishnají, y lo demás que se publica en ellas cuando se aventura en el comentario o la explicación, solamente necedad y presunción? Seguramente que no, porque el Obispo Arundale ha enviado sus escritos a *The Star*, y este mismo artículo de ahora es una contribución personal, basada en sus propias reflexiones, en la mejor comprensión de lo que para todos nosotros significa la presencia de Krishnají en el muado. Y, hasta cierto grado es una interpretación, no quizá de una enseñanza, pero de algo que es inseparable de la enseñanza misma.

Para concluir, vivimos, según yo lo concibo, en una época en la que la mejor y más sabia de las políticas es el dejar a cada uno que haga lo suyo y dejar que todos reaccionen con la nueva enseñanza en la forma que les sea más natural, aun cuando esta forma tome el aspecto de ejercitar el ingenio sobre la enseñanza y tratar hasta donde lo puedan hacer de «interpretarla». Pueden estar equivocados en sus interpretaciones. Pero, ¿qué importa? Pueden dejarse arrastrar por sus entusiasmos, y ¿qué importa? Pueden aún, si son tan necios, imaginarse que lo que a ellos les parece iluminación puede ser para otros también iluminación. Y una vez más ¿qué importa? Es que reaccionan en condiciones tan desacostumbradas que bien puede perdonárseles que falten un poco al sentido común. Hay algo en el aire, que algunos encuentran un poco embriagador, y que puede hacerles decir y ejecutar cosas tontas.

¿Y por ello los hemos de juzgar demasiado duramente? ¿Es necesario fruncir el entrecejo y hablar de necedad y presunción? ¿Es preciso que nos preocupemos por los «grupitos que se encantan con su propia agudeza y rectitud», o por los de «mente fanática» quienes «se sienten ofendidos por aquellos que no están de acuerdo con su propia idea de conducta o lo que ellos consideran la actitud debida?» Puede que existan, seguramente que existirán. Pero, ¿no es posible dejarlos existir? O bien, si han de ser castigados, ¿no sería más conveniente que dejásemos que el mismo Krishnají los castigase? Porque ello sería inconmensurablemente más efectivo.

Y así, en lo que se refiere a la interpretación, el que esto firma diría a los miembros de LA ESTRELLA: Interpretad y seguid interpretando, usando de vuestra superior inteligencia y de vuestra intuición, y si en el proceso os encontráis con un pensamiento de ayuda o con alguna idea que arroje la menor luz sobre una dificultad, no vaciléis en compartirlos con los demás, dejándoles el derecho de aceptar o rechazar como les convenga, recordando siempre que no sois infalibles, y que vuestra luz de mañana aventajará a vuestra luz de hoy. Y al Obispo Arundale, le diría, con el mayor respeto, que, en vez de la preocupación constante con las faltas de los seguidores de Krishnají y sus asociados, que se ha convertido en su tema constante en las últimas manifestaciones sobre LA ESTRELLA, nos haría un mayor servicio, si nos diese, de su profunda experiencia de la vida interna, su propia interpretación del Mensaje de Krishnají al mundo.

La superstición es algo que se interpone entre el hombre y su sensación de la realidad, robándole esa intensa y tremenda experiencia que consiste en abarcar la realidad. El comprender la verdad, el ver las cosas en sí mismas, son experiencias comparables con el amor y el éxtasis estético. Pero, ¿cómo el que escudriña los cielos puede recibir el encanto de descubrir un nuevo planeta que entra en su campo de investigación, cuando la superstición le obliga a creer que los cielos son un casquete invertido y los astros pequeños agujeros por los que Dios se asoma, y que no existen los planetas? Así como el amante que ve al ser amado siempre a través de una nube de romanticismo, nunca sabrá de esa suprema alegría que viene de la comprensión completa de otro ser humano, de otra existencia tan real como la suya propia; así el que contempla el universo a través de los anteojos de la superstición, nunca puede conocer el encanto que viene del reconocimiento y la aceptación de la verdad desnuda.

CLIVE BELL, *Civilización.*



PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Campamento de la Estrella, Ommen, 1928

J. KRISHNAMURTI

No se llega a la Verdad, que es incondicional, ilimitada, sin derramar una lágrima. No se puede comprender la vida sin atravesar luchas, sin tener dificultades y dudas. Y cuanto más de éstas se tengan, tanto más seguro puede uno estar de su comprensión. Ya sé que esto suena algo fuerte, mas espero que entenderéis. Muchos de vosotros estáis inciertos, pretendéis encontrar por vosotros mismos, por lo tanto, me permito aconsejaros, si me lo permitís, que refrenéis vuestras pasiones más fuertemente que hasta ahora; no las permitáis desbocarse. Tampoco debéis ser tan intelectuales que os volváis duros y despiadados. Guardad, si puedo decirlo así, un cuidadoso equilibrio entre la mente y las emociones. No creáis ni por un momento que quiero desconcertaros ni imponeros una decisión. No quiero espolearos ni coaccionaros en modo alguno. Todo cuanto quiero hacer es exponeros, para vuestro examen, y por lo tanto, para vuestra comprensión, lo que yo he descubierto que es la Verdad. Podréis dudarlo; podréis decir: «Eso no es lo que quiero; no sois el verdadero Maestro». Pero no os dejéis coger por vuestras emociones ni os desconcertéis. Así no es como se descubre la Verdad.

Si fuéseis a algún museo o colección de pinturas, no os pondríais a criticar cada cuadro, a no ser que fuéseis un gran crítico de pintura, y sin embargo estáis dispuestos a criticar y desechar sin cuidadoso examen algo que es mucho más difícil de comprender que un cuadro, mucho más real que un cuadro; y eso es la Vida misma.

No digáis: Krishnamurti me pide renunciar. No pido a nadie que renuncie a nada, porque no creo que exista una cosa como la renuncia; no creo que exista el sacrificio. Para una persona que verdaderamente comprenda, no hay renuncia, ni sacrificio, ni reconciliación. No quiero que hagáis nada de eso; y os suplico que me creáis cuando os digo que os hablo de todo corazón. Porque veo que la mayoría de las gentes son desgraciadas, están luchando, quiero ayudar. Si ese no fuese mi deseo, yo no estaría aquí; preferiría marcharme a algún sitio tranquilo. No creáis que digo esto por dureza de corazón. No quiero que os propongáis aceptar o rechazar esto. Quiero que examinéis todas las cosas imparcialmente, cuerdamente, sin dejaros arrastrar por emociones ni por teorías intelectuales. Una persona culta es aquella que no tiene prejuicio alguno, que desea y es capaz de examinar todas las cosas imparcialmente, y que no se deja desquiciar por sus emociones y prejuicios.

Yo estoy seguro de lo que digo—lo sé por mí mismo—; pero vosotros no lo sabéis; mas no os apuréis por ello, ni os sintáis irritables ni superiores. Examinadlo, y ved si no es la única solución en el mundo que dará felicidad perdurable; si no es el único modo de hallar esa Verdad, y esa libertad que es felicidad. Esa es la actitud que debéis adoptar, y no la de aceptar o rechazar lo que yo digo. Deseáis lo que he hallado, y para tenerlo, para vivir con ello, para abrazarlo, debéis acercaros cuerdamente, con las emociones y la mente equilibradas. No es poniéndose muy serio como se halla la verdadera proporción de las cosas. Y si os rieráis un poco más de vosotros y de vuestras teorías, y de mis teorías también, tanto mejor.

PREGUNTA: Si la Orden de la Estrella es un puente que lleva al mundo vuestras enseñanzas, ¿no podrían otras organizaciones, movimientos, ceremonias, hasta iglesias, hacer también de puente para vuestras enseñanzas y poner a las gentes en contacto con vos y con la Verdad que representáis?

KRISHNAJI: Un amigo me dijo el otro día: «Tenéis una manía con respecto a las ceremonias». Ahora bien, yo no tengo manía ninguna con respecto a las ceremonias, Sería absurdo

hacer de las ceremonias un principio para luchar sobre él. Es tan poco esencial, según mi punto de vista, como que haga sol o esté nublado. Así es que os ruego desechéis de vuestras mentes la idea de que yo quiero atacar las ceremonias, de que tengo manía con respecto a ellas. No se debería hacer de las ceremonias un principio esencial para la comprensión de la Verdad, y por lo tanto de la vida. Y con respecto a las organizaciones, yo quisiera decir lo siguiente: No creo que nadie tenga necesidad de pertenecer a organización alguna, ni siquiera a la Estrella. Las organizaciones siempre usurpan la Verdad, y por consiguiente, hay el peligro de que, en vez de guiar a las gentes por el puente hacia la Verdad, las impidan llegar. Por esta razón siempre desconfío de las organizaciones. Hacéis una silla para sentaros sobre ella, pero si dejáis que la silla se siente sobre vosotros, es absurdo. Lo mismo con las organizaciones. Si la Estrella es un puente, como espero, para llevar las ideas que expongo, y que tenéis que examinar, vosotros sois el puente, componéis la organización. Sois los cimientos de ese puente. Si los cimientos no son fuertes, el puente se derrumbará. Si no mantenéis la firmeza, la pureza de su propósito, que es llevar al mundo hacia la absoluta, la infinita Verdad, entonces una organización sería inútil y peligrosa. No creáis que, porque ahora soy el Jefe de esta organización, quiero que este movimiento se mantenga a toda costa; no me importa, porque como he dicho cuidadosamente repetidas veces, las organizaciones no son en sí mismas lo más esencial. Hay muchos que ponen reparos a las organizaciones y no quieren hacer promesas, afirmar credos, ni aceptar condiciones. Y esta organización de la Estrella existe puramente para propagar la idea, mas no para ser un tabernáculo de la Verdad. En esto hay una gran diferencia. Esta organización no debe pretender que es la vía especial hacia la Verdad, que tiene una bendición especial. Ningún movimiento, ninguna organización religiosa debe nunca pretender tener una bendición especial, ni afirmar que es el camino verdadero de la Verdad. Esto sería una limitación de la vida, y por lo tanto una traición a la Verdad. Dondequiera que hay una busca, un ansia, un deseo de hallar la Verdad, allí existe la Verdad, y no en una organización del tipo que sea, por muy santificada que esté.

«¿Pueden otras organizaciones ayudar a las gentes a ponerse en contacto con vos, y con la Verdad que representáis?» Esto no depende de las organizaciones, sino de vosotros. Amigo, sois el hacedor de las organizaciones, y podéis hacerlas grandes, amplias, incluyéndolo todo y no excluyendo nada, o podéis hacerlas estrechas, limitadas, un cuerpo cerrado de gentes dogmáticas, de mentalidad estrecha, crédulas. Esto no depende de mí, sino de vos.

Si otras organizaciones pueden ayudar, lo ignoro. Eso no me atañe. Si yo dijera que unas organizaciones ayudan y otras no ayudan, etc., me preguntaríais por qué ciertas organizaciones ayudan, y otras no ayudan. No son las organizaciones quienes revelan la Verdad; el individuo que comprende es quien ayuda; el individuo que ha hallado la Verdad es quien crea imperecederamente. La Verdad no depende de organizaciones de ninguna clase, por muy antiguas o modernas que sean. Y porque cada organización pretende ser algo especial, tener en sí caminos especiales hacia la Verdad, están traicionando, están corrompiendo la Verdad. Considerad con diligencia, y tendréis comprensión; rechazad violentamente y sin pensar, y no tendréis comprensión. De poco sirve decirme: «Nos han dicho esto y lo otro». Contra eso no tengo respuesta. Lo que a mí me interesa es la purificación y la estabilidad de la mente y del corazón, y no las organizaciones de ninguna clase. Después de todo, si la mente y el corazón no están puros, ¿quién puede hablaros de su pureza, de su fuerza, sino vosotros mismos? ¿Qué organización puede ayudaros a limpiarlos, sino vosotros mismos? Por depender de organizaciones religiosas y morales, de autoridades ajenas, para vuestra fuerza, para vuestra purificación, para vuestro sostenimiento, esas organizaciones usurpan y pervierten vuestro entendimiento.

PREGUNTA: Puesto que Krishnají no quiere transacciones, ¿no deberíamos abandonar los movimientos distintos de la Estrella?

KRISHNAJI: No voy a deciros lo que debéis abandonar y lo que no debéis abandonar. Para mí no hay tales transacciones, porque no tengo nada con qué hacer la transacción. No puedo hacer transacción con una cosa que de nada me sirve. Para una persona que ha cruzado a la orilla opuesta, no puede haber transacción con la orilla que ha dejado atrás. Ha terminado con ella. Hay transacción, tiene que haberla, para una persona que aun tiene que aprender a cruzar, que sólo está investigando, que no hace más que

mirar a la otra orilla, pero que no tiene el valor, la determinación, el deseo de cruzar a ella.

Si abandonáis un movimiento porque alguien os dice que lo hagáis, es meteros de nuevo en otra jaula. La tendencia moderna no es adherirse a movimientos, prestar juramentos o suscribir objetos definidos. He hablado con mucha gente en América, en la India y en Europa, y me preguntan: ¿Debo ingresar en su Orden? Yo digo: De ningún modo. Hablad con cualquier joven que tenga entusiasmo, y veréis como no está siempre deseando ingresar en algo. La mayoría de los que ingresan en movimientos lo hacen impelidos por el deseo de hallar salvación, el deseo de hallar certidumbre, el deseo de hallar comodidad. Nadie puede salvaros desde afuera—«salvar» es una palabra curiosa, pero la emplearemos por ahora—. En el momento que seáis vuestro propio guía, vuestra propia autoridad y vuestro propio creador, todo irá bien. Es mucho más sencillo confiar en sí mismo que colgar el alma en la percha de un movimiento.

PREGUNTA: Decidnos de qué manera podemos estorbar vuestra obra.

KRISHNAJI: ¡Al fin, una pregunta sincera! Pero me temo que habéis acertado al hacerla, por no comprender lo que estoy diciendo. Amigo, no es mi obra la que estáis haciendo. Estáis haciendo vuestra propia obra, y no la mía. Podéis estorbaros o haceros útiles a vosotros mismos. Mi obra es ayudaros a despertar vuestro deseo de llegar, de iluminaros, de liberaros, y el modo cómo lo hagáis no es de muy grande importancia. Llegaréis, pero cómo podéis estorbar más, dependerá de cada uno de vosotros. Muchos se creen que están ayudando. Siento decir que lo primero de que habrán de darse cuenta es de que no están ayudando; y en cuanto os convenzáis de que no estáis ayudando, entonces es cuando prepararéis el terreno para construir, limpiando la maleza de incomprensiones y dando paso a la luz.

Pero si decís: «Todo lo entiendo», «es muy sencillo», entonces es cuando sois destructivos y no ayudáis. Pero la mayoría de vosotros estáis diciendo continuamente: «Oh, os entiendo perfectamente».

PREGUNTA: ¿Cree Krishnají que hay movimientos especiales, grupos, organizaciones que tienen el poder de estorbar su obra en el mundo?

KRISHNAJI: Eso lo juzgaréis vosotros; vosotros mismos sois las organizaciones, los grupos, los movimientos. Si no comprendéis, no podéis ayudar; y si no podéis ayudar, las organizaciones, los grupos o los movimientos a los cuales pertenezcáis, tampoco ayudarán. De modo que es un círculo vicioso. Debéis resolver antes vuestro problema, obtener antes vuestra comprensión, y entonces las organizaciones, los grupos, sectas y movimientos poco importarán.

PREGUNTA: Después de habernos enseñado el objetivo, y subrayado la necesidad de la destrucción, ¿podéis aclararnos algo los medios por los cuales podemos alcanzar el objetivo? Se ha insistido mucho en el aspecto destructivo de la obra. ¿Cuál es el aspecto constructivo del cual se ha hablado tan vagamente?

KRISHNAJI: «La necesidad de la destrucción.» No sé de qué... «Después de habernos enseñado el objetivo...» Yo no os he enseñado el objetivo. Deseo despertar en vosotros el deseo de ver el objetivo, y lo veréis. Si yo os enseñase el objetivo, la Verdad absoluta sin finalidad, no sería la Verdad para vosotros; y si yo estableciese para vosotros el camino hacia la Verdad, no sería el camino para vosotros. Es muy fácil establecer un camino, dictar ciertas leyes éticas y morales que os aten; pero ése no es mi propósito... «¿Podéis aclararnos algo los medios por los cuales podemos alcanzar el objetivo?» —¡Pero si precisamente eso es lo que he estado tratando de hacer! Eso es lo que he estado tratando de explicar. Pero vosotros debéis comprender, debéis crear el objetivo, el sendero, no yo. A vosotros os gustaría que yo dijese: «Levantáos por la mañana a tal hora, meditad durante tantas horas. No comáis esto, pero comed esto otro. Pensad esto, pero no penséis esto otro.» Os gustaría que yo circunscribiese, limitase vuestra vida y vuestro entendimiento. Entonces creeríais que eso era mostraros el camino. La Vida indica el camino a quien desea comprender la Verdad.

Es porque os segregáis, porque os mantenéis aparte de la vida, por lo que queréis que os enseñe el objetivo y el modo de alcanzarlo. He observado a gentes que tienen una vida muy sistematizada, que se levantan a una hora precisa, que comen del modo prescrito, lo que llaman ser espiritual—no sé lo que pueda ser—y que no piensan en las cosas en que les han dicho que no deben pensar. He observado a esas gentes, y no tienen lo que se llama el frescor de la vida. No es por las limitaciones, por la práctica estrecha y falta de inteligencia de mezquinas disciplinas,

como llegaréis. La Verdad está muy por encima de esas disciplinas, sistemas y prácticas. La Verdad no se preocupa de lo que coméis, de qué manera meditáis, por qué caminos llegáis a su comprensión. Dice: «Yo soy, y si me amáis, luchad con la vida, luchad con cada acontecimiento diario, y procurad comprenderme, pero no pongáis una limitación a vuestro entendimiento.»

«Se ha insistido mucho en el aspecto destructivo de la obra. ¿Cuál es el aspecto constructivo del cual se ha hablado tan vagamente?» No podéis crear sin antes destruir las complicaciones que rodean la vida, sin simplificar la vida. No podéis edificar donde ya hay edificios. Si queréis edificar, necesitáis terreno libre para colocar hondos cimientos. Eso no es destrucción. No hacéis más que mirar el lado negativo, porque es más cómodo, y nunca el lado positivo, que es el aspecto constructivo. Si escucháis diligentemente, veréis que no hay destrucción ni construcción. Si abrís la puerta a la vida, y no tratáis de sojuzgarla, construirá donde sea necesario; pero como tratáis de sojuzgarla, de desviarla, hay para vosotros renuncia, que es destrucción, que es pérdida de tiempo, y para vosotros hay sacrificio, porque tenéis que enderezar las cosas que están torcidas.

PREGUNTA: ¿Es acertado considerar los movimientos espirituales en general como similares al movimiento de Krishnají? ¿No son completamente distintos?

KRISHNAJÍ: Ante todo, yo no tengo ningún movimiento. Me niego a ser convertido en una causa, para que por mí podáis salvar vuestras almas. La mayoría de las gentes quieren causas para poder embellecer su propio deseo, o satisfacer sus propios anhelos. Quieren evolucionar por la causa de otros en vez de por sí mismos. Pero lo que menos quiero hacer es iniciar un movimiento. Por lo tanto, no tiene sentido el preguntar si «ciertos movimientos son lo mismo que el movimiento de Krishnají». Después de todo, no deseo—y lo digo sinceramente, y espero que lo creeréis de todo corazón—, realmente no deseo hacer otra jaula para vosotros. Lo que ocurre con la mayoría de los movimientos, la mayoría de las organizaciones, la mayoría de los cuerpos religiosos, es que os invitan a salir de vuestra estrecha pequeña jaula y entrar en su estrecha pequeña jaula. Tal vez sea un poquitín mayor, pero de todos modos es una jaula. Y lo que yo quisiera, lo que he de conseguir, es no tener jaula alguna, sino inspirar y despertar ese ardiente deseo de liberación de modo que no os hagáis una jaula alrededor de ideas o de personalidades. Pero en el momento que me consideréis como iniciador de un nuevo movimiento en oposición a otro, la entera concepción que tengo de la vida se pervierte.

Un reportero de un periódico me preguntó en París si yo era teósofo, si era hindú, si era esto y lo otro; y si todos debiéramos hacernos teósofos, hindúes y miembros de la Estrella para comprender lo que estoy diciendo. Yo dije: no hay ninguna necesidad de hacerse teósofo ni miembro de la Estrella. Y también añadí que yo no soy teósofo ni dejo de serlo. Después de todo, eso no son más que etiquetas, y hay algo mucho más grande detrás de toda etiqueta. De nada sirve buscar refugio detrás de una etiqueta, ni consuelo dentro de un movimiento.

Referente a la pregunta «¿No son completamente distintos»?—si creéis que son distintos, deben ser distintos.

Cuando el primer cuadro cubista se expuso en París, hubo un furor contra él, pero la gente pronto empezó a apreciarlo. Todos tenían alguna idea sobre él, y ahora el cubismo está muy de moda. Si se hubiera preguntado a un pintor cubista: «¿Estáis iniciando el cubismo en oposición a la antigua manera de pintar?»—os hubiera contestado: No. Esto es completamente distinto a lo que vuestra mente y vuestro corazón están acostumbrados. Y eso es lo que está ocurriendo hoy día; del mismo modo hay mucha gente en el mundo que critica, diciendo que he venido a destruir esto y lo otro, y que nada hay constructivo. Todo lo nuevo—aunque no hay nada nuevo bajo el sol—tiene forzosamente que ser mal interpretado al principio. Pero también habrá siempre quienes estén dispuestos a acoger lo nuevo abriéndose a la razón, y luchando y razonando abrirán su corazón a una mayor felicidad.

PREGUNTA: La impresión, tal como generalmente se concibe, de un Instructor del Mundo, lleva aparejada sobre todo la idea de Compasión? Algunos encuentran en vuestra enseñanza la ausencia de esa cualidad. ¿Podéis definir vuestro concepto de compasión?

KRISHNAJÍ: Un cirujano que ve que una enfermedad va invadiendo a un hombre, dice: Para curarle, tengo que operar. Otro médico menos experimentado viene, le da de comer, y le adormece. ¿A cuál de los dos llamaríais el más compasivo? Deseáis consuelo, el consuelo que nace de la corrupción, y que imagináis es compasión, afecto,

amor verdadero. Quisiérais la sombra de ese consuelo, pero si yo os la diese, no sería la obra de un verdadero Instructor, de un individuo que ha triunfado. Si, al contrario, yo os mostrase vuestras debilidades, que son la causa de muchas dolencias, y os enseñase el modo de curarlas, diríais: Eso no es compasión. Si sufrís mucho, vais a un médico para que os alivie el dolor. Si el médico es sabio, no os dirá que sigáis comiendo lo mismo que antes, disfrutando los mismos fugaces placeres de la vida; os dirá que dejéis por un tiempo vuestros placeres, vuestros fugaces deleites, y que os recojáis hasta recobrar nuevo vigor. Pero no haríais caso a un médico así; porque dice la verdad, es más difícil seguirle y entenderle, así es que llamaríais a otro que satisficiese vuestra vanidad y os diese innumerables consuelos pasajeros, el médico de verdadera compasión. ¡Qué poco entendéis lo que es compasión! Cuando una madre vé que su niño se cae, aunque de vez en cuando le ayude, su deseo es que su niño se haga fuerte, y por eso no le evita que se caiga. ¿No llamaríais a eso compasión, afecto, amor? ¿Qué es más noble, o más grande: despertar la fuerza que yace dormida dentro de cada uno, para que pueda escalar la montaña por sí mismo, o dejarle débil y arrastrarle montaña arriba?

Una vez había un cojo. Le curaron, pero unos días más tarde le metieron en la cárcel por no sé qué inmoralidad. ¿Qué sería mejor: curar los deseos que causan las heridas, o curar las heridas momentáneas, lo que sólo conduciría a mayores penas y mayores dolores?

Todos vosotros queréis consuelo y esperanza, y que os pongan el Cielo delante, y a eso lo llamaríais «compasión». Queréis que os lleven de una esperanza a otra esperanza, de un anhelo a otro anhelo, de un deseo a otro deseo, de una satisfacción a otra satisfacción. A un hombre que os ofreciese eso, le daríais los laureles de la compasión; pero de un hombre que no os da esperanzas, sino que os enseña la verdadera comprensión de la vida para que podáis vencer vosotros mismos todas las dolencias, todas las enfermedades, y todos los dolores y todas las penas, decís: «Ese hombre no tiene corazón, o su corazón está seco y vacío».

Si no entendéis lo que verdaderamente es compasión, crearéis la sombra del consuelo, como han hecho muchos, y así traicionaréis la Verdad. Si no comprendéis la compasión en su verdadero sentido, haréis muchas jaulas, adornadas, embellecidas y decoradas. Si no comprendéis esta cualidad de afecto, construiréis templos en los cuales esculpiréis imágenes para el pasajero consuelo de los demás, lo cual sería disminuir y por lo tanto traicionar la Verdad. Si no comprendéis este amor, crearéis en las laderas de la montaña refugios que restarán fuerza a la gente y la mantendrán en las tinieblas.

PRIMERA REUNIÓN EN TORNO DEL FUEGO

CAMPAMENTO de 1928

La hoguera fué encendida por Krishnají, la primera noche, a las ocho treinta, en la tarde del 4 de agosto. Después de algunos anuncios, el Sr. Rajagopal dijo:

Se nos han enviado muchos cablegramas y telegramas de todas partes del mundo. No me propongo dar lectura de todos ellos, pero sabed que los mejores deseos de nuestros amigos, en los diferentes países, nos acompañan durante este Campamento.

Observaréis que hay un asiento vacante aquí esta noche, y me temo que seguirá vacante durante todos los días del Congreso. Este sitio fué ocupado el año pasado por la doctora Annie Besant. Muchos sabéis que, desgraciadamente, debido a enfermedad se ha visto privada de asistir; pero ha tenido la gentileza de enviarnos un cablegrama dirigido a Krishnají, que dice así: «Mi amor y mejores deseos para los congresistas, quienes todo lo tienen teniéndoos a vos.»

KRISHNAJÍ DIJO:

Mucho siento, en verdad, que la doctora Besant no esté con nosotros este año. Existe una necia idea en las mentes de algunos de que la doctora Besant y yo hemos reñido. Me temo que sea im-

posible satisfacer ese deseo. El otro día fuí a Londres a verla; está mucho mejor. Saldrá para la India el día 9, y me dijo que expresara su amor y sus mejores deseos a todos los que estuviéramos reunidos en torno de esta hoguera.

Habló el señor Sanjivarao:

Cinco minutos se me han concedido y voy a reducirme, hasta donde me sea posible, a daros muy brevemente una idea de la labor empezada hace muchos años y desarrollada en Benarés, y que, a mi parecer, tendrá mucha importancia, tanto para el mundo como para la India. Como sabéis, tiene Benarés el privilegio de que allí haya sido fundada la Orden de la Estrella de Oriente, y durante estos diez y siete años hemos soñado y planeado y hemos estado especulando sobre la naturaleza del trabajo que el Instructor habría de hacer en el mundo, así como hemos también especulado sobre si él habría de fundar alguna nueva religión, una filosofía nueva o algo así. Ahora el Instructor mismo nos dice que no fundará ninguna nueva religión, y hemos considerado, en consecuencia, cuál sería la mejor forma de conmemorar su presencia entre nosotros, y estamos poniendo en práctica en Benarés un plan que espero sinceramente pueda servir de puente entre el Instructor y el mundo. Cuando miro esta gran hoguera, me da idea de la naturaleza de su labor. La doctora Besant ha juntado la leña y todos nosotros somos los maderos con los cuales se formará la gran llama que ha de iluminar el mundo, y el que enciende esta hoguera está aquí entre nosotros. Con este objeto se fundó la Orden, y va a darnos los principios para guiar el trabajo de nuestro Campamento en Benarés. El Instructor trae la antorcha encendida y el fuego se extiende de un leño a otro, de una a otra rama, hasta que se hace una gran hoguera.

Pensamos extender el mensaje del Instructor de la misma manera. Primeramente hemos de encender la llama en nuestros corazones con la antorcha que el Instructor ha traído, y por medio de esa llama creada en nuestros corazones haremos arder los de todos aquellos que lleguen a aquel gran centro; y ésta es la forma en la que se han dado todas las enseñanzas de los tiempos pasados, y toda verdadera enseñanza que haya sido o sea en el futuro comunicada: de corazón a corazón, de alma a alma brillará la llama, y bien sabéis que el acto de encender es simultáneo con el acto de iluminar. Encender la lámpara significa hacer luz en la obscuridad. Así, la gran nota que se va a emitir en nuestra escuela de Benarés, que formará parte de nuestro trabajo del Campamento, será que, de hoy en adelante, el maestro no enseñará, sino vivirá, y que su trabajo será el de tratar de encender el fuego en su propio corazón, porque ésta es la más segura manera de encender la llama en el corazón de sus discípulos. Tal es la gran obra que estamos empezando en Benarés. Estamos disponiendo el lienzo. Nuestra gran directora, la doctora Besant, ha preparado este lienzo desde hace treinta años en la India, y ya está listo para que se pinte sobre él. Tenemos sobre las riberas del Ganges un lugar muy antiguo y lleno de recuerdos históricos del señor Buddha, y de memorias de tiempos más remotos aún. Sobre esa tierra se hará el gran trabajo. Ha llegado ya el maestro pintor, y él hará el cuadro. No sabemos lo que pintará, probablemente nos dirá que somos nosotros los que debemos de pintar y no él, y me parece que ambos puntos de vista son correctos, porque el pintor está entre nosotros, y nosotros, que somos parte de la vida de ese pintor, tendremos el privilegio de tomar parte en el gran trabajo de creación por medio del cual el mensaje vendrá una vez más al mundo desde aquel centro sagrado. De la misma manera que hace veinticinco siglos salió de allí el mensaje del señor Buddha, así una vez más el mensaje del Instructor irá al mundo desde Benarés; y no por medio de libros, ni siquiera por medio de la palabra hablada, sino de corazón a corazón, de alma a alma. El mensaje es, una vez más, la misma gran enseñanza; la de que existe una sola Vida Divina, y que todos somos partícipes de esa Vida. Si recordamos esa enseñanza y la vivimos, llevaremos a cabo la gran labor para la que el Instructor ha venido entre nosotros.

El Obispo John Tettemer tomó la palabra y dijo:

A mí también se me conceden cinco minutos para hablaros acerca de mis impresiones en el Campamento de Ojai.

Ojai es el más hermoso valle que existe en el mundo, rodeado de montañas que alcanzan una altura de seis a siete mil pies; allí, sobre la hierba verde, hay muchas tiendas; más allá, bajo las encinas, a través de las cuales el sol labra un encaje de sombras sobre el césped, están sentadas mil

personas, escuchando a un hombre de piel obscura que debajo de los árboles les habla en un lenguaje que para ellos es difícil comprender. Luego, al caer la noche, sobre una colina de varios centenares de pies de altura, también entre las encinas, hay una enorme hoguera de campamento, y esas mismas mil personas están sentadas en torno, escuchando los cantos, los poemas y las mismas palabras difíciles de comprender. Esta es, en pocas palabras, mi impresión del Campamento de Ojai.

En los Estados Unidos tenemos la costumbre de alabarnos por las grandes cosas que hacemos. Pretendemos tener lo mayor en esto o en aquello, pero no tenemos el Campamento más grande. Vengo aquí y veo cerca de tres mil personas, y grandes arreglos, todo en mayor escala; estoy asombrado del trabajo, de la organización, de las semanas y meses de labor que han sido necesarios para poner este Campamento en la forma en que está, y felicito a los que han tomado parte en él y a los trabajadores que ahora se ocupan de la labor, por los magníficos resultados de este Campamento, mayor y más amplio que el nuestro de América.

Como soy obispo, no puedo resistir el deseo de predicaros, aunque sea por un momento. Nuestro Campamento en los Estados Unidos fué más hermoso y más lleno de armonía; en el hermoso valle de Ojai nos sentimos, por decirlo así, ante una magnífica Presencia, como si por el solo hecho de extender la mano pudiéramos alcanzar y sentir ese gran Ser que da alegría y felicidad a los hombres. Hay una paz y una felicidad casi tangibles en el valle de Ojai. En aquella bella atmósfera escuchamos las palabras de Krishnají, difíciles de comprender. Y he aquí mi pequeño sermón: Tened cuidado cómo escucháis este mensaje. Cuando lo escuché, en un principio, tan sólo con la mente, y bien puedo decir que con una mente crítica, ni aprobé ni comprendí. Después, poco a poco se fué revelando en mí la idea de que el orador tenía más en la mente de lo que podía expresar, y decidí escucharle con todo mi ser, con el corazón, la mente y el alma. Y al hacerlo así sentí más y más la grandeza que se ocultaba tras de las palabras escuchadas. Me di cuenta de que hablaba de algo que estaba más allá de las palabras, sentí que trataba de expresar lo inexpresable, lo inefable, al poner en palabras finitas la verdad absoluta, la vida sin límites. Mientras le escuchaba en Ojai, como le he escuchado en Eerde durante el mes pasado, la hermosura y grandeza de su mensaje se me han ido revelando, y os puedo recomendar que no critiquéis, que no escuchéis el lenguaje, que no tengáis para oirlo ninguna filosofía establecida, porque lo que él dice está más allá de toda filosofía y de toda religión. Es la vida de todas las filosofías y de todas las religiones. Si queréis comprender, haced a un lado, por esta semana, los términos que conocéis, los sistemas que os son familiares, vuestra Teosofía, vuestro aristotelismo o cualesquiera otros métodos de pensamiento que poseáis. Retirad todo esto a un lado y escuchadle de la misma manera que contemplaríais una salida de sol, como un gran hecho espiritual, porque, en realidad, ¿no se trata de un amanecer? Escuchadle en esta forma y entonces esa cosa superior que está tras de él será por vosotros percibida.

El señor R. G. Macbean habló:

Recuerdo que hace algunos años, en uno de los Gongresos de la S. T. en Viena, el presidente, al presentar al orador, nos dijo lo que éste iba a decir, pero el orador le ganó la partida diciendo cómo aquél no podía ser ocultista ni clarividente, porque él, el orador, no iba a decir una sola cosa de las que el presidente había anunciado que diría. Yo no voy a decir lo mismo acerca del Organizador en Jefe, quien os dijo esta tarde que mi papel era simplemente el de daros las gracias por la generosa y cortés forma en la que me habíais tratado. Mi intención era la de guardar eso como un buen bocado, como una especie de postre. Primeramente quería presentaros algunas de las experiencias de un archivero y tesorero que por primera vez desempeña esos cargos. En realidad, mi intención era la de excitar vuestra simpatía hacia mí y hacia los directores del Campamento en general, porque me parece que ninguno de vosotros tiene la menor idea de lo que significa organizar un Campamento como éste. Recibimos las peticiones más extraordinarias, y las atendemos hasta donde nos es posible, porque queremos que todos estén felices y a gusto; pero cuando tenemos dos mil quinientas personas con quienes tratar, no es posible darles a todos tiendas cercanas a los comedores, cercanas a los lavabos, cercanas al campo de fuego, a la tienda de conferencias y a todas las demás cosas. Esta es una imposibilidad absoluta. Hay, sin embargo, una cosa que quisiera deciros al daros las gracias, y es que estoy especialmente agradecido a los organizadores nacionales y a los

miembros de los países donde no se habla el inglés, porque se han tomado un gran trabajo al comprender los reglamentos.

Me temo que en ocasiones los de los países que hablan inglés no se toman la misma molestia, probablemente porque creen que con una sola mirada lo han comprendido todo; pero los que no hablan el inglés sí se han tomado la molestia de comprenderlas y de cumplirlas. Hasta que yo me he colocado entre bastidores y he visto lo que la dirección del Campamento significa, en realidad no tenía idea de las dificultades que encierra el hacer marchar esto. Muy pronto hice un juramento, tal vez no muy serio, y era que nunca más volvería a aceptar un empleo de estos. Cuando le dije esto a mi eficaz colaboradora, que vino a ayudarme hacia mediados de julio, me replicó: «Eso mismo he dicho yo todos los años, y sin embargo aquí estoy otra vez.»

No me parece que por ahora nadie quiera escuchar más: solamente mencionaré uno o dos incidentes. Una cosa algo divertida ocurrió últimamente. Un caballero me escribió que desgraciadamente ni él ni su mujer podrían asistir al Campamento. El no está en su propio país, pero evidentemente llegó en sus viajes mucho más cerca del Campamento de lo que había llegado antes, y tal vez su dificultad de escribir inglés le hizo no dar explicación de por qué él y su mujer no podían venir. Pero me pidió que le devolviese a su Organizador Nacional el dinero que había sido pagado por su estancia aquí. Y bien, cuando busqué sus nombres me encontré con que ese señor estaba en la lista de los que no pagaban, y que la señora no se había inscrito.

Tuve otro caso. Un caballero me escribió preguntándome por sus mantas, un bulto de mantas que se había dejado olvidado aquí el año pasado. Pregunté inmediatamente a mi colega que había estado aquí el año pasado si sabía que se hubieran encontrado aquellas mantas, y me dijo que no. Yo prontamente informé a mi corresponsal y añadí, pretendiendo ser cortés, que si ya se había inscrito (puesto que era el último día para inscribirse) podría, en caso necesario, alquilar aquí las mantas conforme al reglamento. Me contestó aquel señor diciéndome que no podía yo haber buscado sus mantas cuando le contestaba tan rápidamente. ¡Y yo que consideraba haber cumplido tan bien contestándole tan prontamente y aun ofreciéndole mantas! Pero creo que había otra causa para su disgusto: el que yo hubiera mencionado el asunto de la inscripción y el de que las mantas se alquilaban por un florín y medio. Bueno, yo soy escocés y él también, y lo probable es que se haya ofendido con la idea de que se haya puesto sobre el tapete el asunto del dinero. Debo añadir que las mantas perdidas parecieron por fin en el almacén, y esto dió lugar a posterior y divertida correspondencia.

EL SEÑOR R. L. CHRISTIE SE LEVANTÓ A DECIR:

Voy a conspirar con vosotros para hacer el tiempo lo más corto posible antes de que oigamos a Krishnají; me parece que la peor cosa del mundo es dirigirse a un público que está ansioso de escuchar a otra persona.

No voy a hablaros de los ideales del Campamento, aunque el señor Rajagopal anunciase que ese sería mi asunto. Yo soy uno de los que no durmieron anoche en el Campamento, y no tengo el valor de hablaros de los ideales de esta vida; creo que no sabría hacerlo.

Quiero deciros dos palabras relativas a Eerde. Habéis oído hablar de Benarés y de Ojai, y quiero hablaros de Eerde. He vivido aquí durante dos años, y estoy convencido ds que muy pocos de entre vosotros conocen Eerde; simplemente quiero decir, antes de sentarme, que si hacéis un esfuerzo para daros cuenta de la gran extensión de bosques y tratáis de conocer algo de la belleza y la paz de este lugar, no nos encontraremos tan a menudo con la pregunta ¿Para qué le sirve a la Orden una finca tan enorme como ésta? Me parece que de todos los sitios de Europa, probablemente éste es uno de los más convenientes para el trabajo que ha de hacerse. Entiendo que la gran labor de los años venideros en esta finca será la de proporcionar un sitio en donde miles de personas puedan estar en contacto físico con Krishnají. Sus libros significan mucho, lo admito, pero comparados con el hecho de ponerse en contacto personal con Krishnají y oirle hablar ante la hoguera del Campamento, me siento tentado a decir se hunden en la insignificancia.

En 1924 tuvimos un Campamento pequeño y armonioso; en 1925 Krishnají no estuvo con nosotros; se celebraron los Campamentos de 1926 y 1927 y actualmente estamos en uno, prácticamente tan grande como cualquiera que se haya celebrado antes, a pesar de la alteración de los principios de la Orden que se hizo el año pasado. Pero creo que vamos a ver crecer este Campamento de una manera de la cual no tenemos idea.

Probablemente veremos esta enorme propiedad utilizada en toda su extensión. Y espero que en los años que están por venir, Eerde permanecerá tan hermoso, tan perfecto y tan lleno de paz como lo está en el presente.

* * *

Después de estas charlas Krishnají leyó un poema que había escrito acerca del Maestro Cantor de la Vida. Luego, con otros varios miembros hindúes que estaban presentes, cantó algunas deliciosas canciones indias.

Siguieron unos minutos de perfecto silencio, indescriptibles, y los oyentes se separaron marchándose hacia sus tiendas.

NOTICIAS Y NOTAS

Ha pasado el quinto gran Campamento de la Estrella, y ha sido, indiscutiblemente, el más notable de los que hasta hoy se han celebrado; las condiciones fueron excelentes y espléndida la organización, y, a pesar de la abundante lluvia, todo el mundo estuvo bien y contento, y en el Campamento, en general, había una grata quietud. Asistieron más de 2.540 personas. Al final de estas notas damos una lista detallada de la asistencia al campamento que demuestra que cuarenta naciones estuvieron representadas.

* * *

El resultado de las conferencias y charlas de Krishnají se irá viendo gradualmente. En los primeros momentos, muchos sintieron que su forma de presentar la Verdad era desquiciante. Es inevitable que las verdades a medias huyan cuando se presenta la Verdad. La magnificencia, la sencillez y la fuerza arrolladora con que Krishnají presentó la Verdad, no solamente fué desquiciadora, sino que en lugar de las verdades a medias que escapaban, se percibió un vislumbre de la Verdad misma, y, en consecuencia, todas las cosas cambian.

* * *

En el Campamento se hicieron dos publicaciones especiales, «LA VIDA COMO OBJETIVO» y «SEA LA COMPRENSION VUESTRA LEY», y ambos folletos son de los que hacen época como fácilmente se comprobará. Tratan de cuestiones y problemas de interés vital para todos, y estos folletos, juntamente con las inolvidables Charlas del Campo de Fuego, que aparecerán en breve, darán una clara comprensión de los fundamentos de la estructura que levanta Krishnají.

No hay para qué insistir aquí en el tremendo efecto que sus charlas produjeron, ni en las consecuencias formidables que necesariamente han de venir. Sus palabras se explican por sí solas y son bien claras.

* * *

Una vez terminado el Campamento, Krishnají permaneció en Eerde hasta el 15 de agosto en que salió para Suiza, donde permanecerá algunas semanas. A principios de octubre regresará a Eerde por algunos días, y saldrá de allí para la India aproximadamente el 19 de octubre.

* * *

El aviso que se inserta abajo referente al Campamento de Ommen en 1929 es muy interesante para todos. Por la primera vez se abrirá el Campamento a los no miembros, pero, desgraciadamente habrá que limitar el número total de asistentes a 3.000 y para los no miembros el número de plazas será de 500. Se espera un gran aumento en las inscripciones y los miembros se inscribirán en cada país, en rotación estricta.

* * *

Análisis de la asistencia al Campamento de la Estrella en el año de 1928

Africa del Sur	1	Grecia	1
Alemania	217	Holanda	1.017
Australia	1	Hungría	22
Austria	37	India	17
Bélgica	82	Indias Orientales Holandesas	18
Brasil	1	Inglaterra	502
Bulgaria	6	Irlanda	8
Canadá	1	Islandia	8
Checoeslovaquia	9	Italia	46
Chile	1	Latvia	1
Cuba	1	Lituania	1
Dinamarca	61	Luxemburgo	1
Egipto	8	Noruega	22
Escocia	68	Polonia	15
España	26	Portugal	7
Estados Unidos	30	Rumanía	19
Estonia	6	Rusia	44
Finlandia	6	Suecia	54
Francia	128	Suiza	32
Gales	20	Yugoeslavia	5

Totales: 1924-470, 1925-820, 1926-1.930, 1927-2.576, 1928-2.550.

AVISO IMPORTANTE.—*Campamento de la Estrella para 1929.*

El Campamento de la Estrella en 1929 tendrá lugar desde el 1.° hasta el 8 de agosto inclusives. Es casi seguro que habrá aumento en las solicitudes de inscripción, y se suplica a los lectores que tomen nota de que el total de inscripciones se reducirá a 3.000; de éstas se reservan 500 para personas que *no sean miembros,* quienes asistirán por primera vez a un Campamento de la Estrella. En 1930 tal vez sea posible aumentar el número de asistentes, pero actualmente no puede hacerse.

Se construirá una cocina nueva completa y se harán muy importantes mejoras.—*D. Rajagopal, Organizador en Jefe.*

POR QUÉ ES DESILUSIONANTE LA VENIDA DEL INSTRUCTOR DEL MUNDO

Extracto de una conferencia dada por el Dr. J. J. Van der Leeuw en el Campamento de Ojai en 1928.

Había una dama, miembro de la Orden de la Estrella, quien estuvo esperando al Instructor durante muchos años. Un día alguien le dijo que el Instructor había llegado, a lo que ella respondió llorosa: «Cómo hubiese querido que me dejaran en mi expectativa, estaba tan feliz en ella».

Muchas veces obtenemos más de lo que deseamos. Al esperar a un Gran Maestro, a menudo lo que ansiamos es una glorificada edición de nosotros mismos. Pensamos que el gran Maestro vendrá y que estaremos con la mente abierta y libres de prejuicios; pero damos por concedido que, puesto que el Maestro es sabio, debe, por fuerza, decir aquellas cosas en las que ya creemos. Si él viniese a decir exactamente aquello que nosotros hemos estado pensando, diciendo y sintiendo durante muchos años, diríamos: «Realmente debe ser un Gran Maestro; dice lo que yo creo y lo que tan a menudo he repetido». Muchas personas dicen lo propio acerca de los libros: «Qué magnífico libro; dice exactamente lo que yo he pensado». Esta no es la medida de un libro magnífico; su magnificencia consiste precisamente en daros aquello en lo que nunca habíais pensado. De tales libros es de los que aprendemos algo.

Esa forma de esperar a un gran Maestro que os hace formaros la imagen exacta de lo que va a ser, de lo que va a decir, la forma precisa de lo que ha de hacer, lo que ha de ocurrir, en cuales movimientos va a interesarse, muestra claramente una falta de reverencia por la vida. Vemos por doquiera, en nuestra sociedad humana que esto ocurre. Nunca queremos aceptar a nuestros se-

mejantes exactamente por lo que ellos son. Tenemos que clasificarlos, y hacer de ellos, héroes, santos, pecadores, criminales, filósofos; en suma, queremos hacer de ellos alguna cosa. Y si no se conforman en sus vidas con la imagen que de ellos hemos creado, no nos culpamos a nosotros mismos por nuestra necedad; los culpamos a ellos. Esto no es hacer justicia a la vida. Cuando tratamos en el mundo con nuestros amigos y con nuestros enemigos, deberíamos tratar de ser humanos para aceptarlos como la vida misma que ellos son, y no crearnos imágenes a las que queremos que ellos se conformen. Muy a menudo escuchamos decir: «Nunca pensé tal cosa de fulano». Si no lo pensastéis no es suya la culpa, sino vuestra. Si en realidad tenéis reverencia por la vida, no diréis nunca de vuestro amigo: «Ese ya no es mi amigo, porque ha hecho esta terrible cosa». Por el contrario, si en realidad sois su amigo, entonces es cuando habréis de amarle más tiernamente. Hemos de reverenciar la vida exactamente como es.

Seguramente que muchos de nosotros, y en esto me he de confesar yo también culpable, hemos tenido ideas demasiado definidas de lo que debería ser la venida del Instructor. A la luz del advenimiento vienen a mi memoria las palabras de Emerson: «Tened cuidado cuando Dios envía un pensador, porque todas las cosas están en peligro»; bien podríamos decir: «Cuidado cuando Dios envía un Instructor, porque todas las cosas están en peligro». Cuando viene la vida, todas las formas que no son en realidad su propia expresión están en peligro. Debe existir ese peligro, de otra manera, ¿para qué serviría que viniese un gran Instructor?

* * *

Hace años Krishnají dijo una vez en una reunión que él estaría accesible para los que quisieran verle e interrogarle, en determinado lugar. Cuando le miré en aquel sitio una hora después, estaba, por decirlo así, materialmente asaltado por cincuenta o cien personas, quienes le pedían su firma en un trozo de papel. Y pensé, que si pudieran verse a sí propios en una perspectiva histórica, cuán patéticos habrían de encontrarse. Un Instructor viene a la humanidad y es accesible para los que quieren preguntarle algo, hablarle; y lo mejor que ellos encuentran es el tener su firma en un trozo de papel. Este ardiente deseo de tener algo, de apoderarse de alguna cosa escrita por el Instructor, o perteneciente a él, esto es fetichismo. Hay muchos que, si pudiesen apoderarse de alguna cosa que hubiera pertenecido al señor Krishnamurti, la adorarían como una representación tangible de todo lo que él representa. Todos nos sentimos tan atraídos a rizos de cabellos, objetos magnetizados, firmas y otras cosas que nos agrada tener como objetos tangibles ante los que podemos orar y a los que prendemos nuestra fe. Sé bien que un objeto magnetizado tiene cierta influencia, determinado poder y su valor propio; pero he visto personas que van hechas un árbol de Navidad, todas decoradas con objetos magnetizados. Eso no es correcto, es una forma de fetichismo.

* * *

Todos nosotros que estamos evolucionando como seres humanos, nos identificamos con las formas, empezando por nuestros propios cuerpos. Sentimos que somos nuestros cuerpos, nos identificamos con ellos. Después nos identificamos con otras formas, con sistemas, credos y otras cosas; reducimos nuestra vida hasta la forma que adoramos, y de tal manera nos unificamos con ella, que llegamos a olvidar que nos hemos identificado.

Naturalmente, que al llegar el Instructor esperamos que reconozca esa forma y diga: «Todas las demás formas pueden ser ilusión, pero la vuestra es muy buena, muy especial; en suma, es la mejor de las formas». Y como él no nos llega a decir esto nos sentimos desilusionados.

Existe solamente un Instructor, y ese Maestro es la vida. Aprendéis por la experiencia, por las experiencias de la vida. Los demás os hablarán, os dirán muchas cosas, escribirán; podréis hasta creerlos, llegarán a ayudaros; pero, finalmente, sólo a través de la vida podréis aprender.

* * *

La vida es, para nosotros, lo más difícil de comprender. Puede ayudarnos a comprender el mirar hacia atrás en la historia y ver qué mal dispuestos han estado siempre los que presencian la llegada de un Gran Instructor para reconocer esta vida que se manifiesta entre ellos. Porque la vida no respeta formas; fluye a través de todas las cosas, y no tiene favoritismo por nada en particular.

Algunos de vosotros habréis leído a propósito de aquel notable Faraón niño del Egipto, Akhnaton. Sabéis que nació en una civilización que adoraba intensamente las formas, más que ningu-

na otra, y que contaba sus dioses por centenares. Como era todopoderoso hizo que todas las esculturas de los dioses y todos sus nombres fueran suprimidos de los grandes edificios. Extendió la doctrina de la vida una, omnipresente. Si estudiáis esa historia, veréis qué tormenta de indignación se alzó cuando él declaró aquello; y cuando murió, tal vez con la ayuda de sus enemigos, lo primero que éstos hicieron fué borrar su nombre de los documentos, y a nadie se le permitía mencionarlo. Se restituyeron las viejas formas, y los que se atrevieron siquiera a mencionar a aquel Faraón eran castigados. Quiero haceros sentir la rebeldía de los adoradores de la forma contra la vida, cuando la vida se manifiesta en medio de ellos.

* * *

Antes del actual advenimiento muchos de entre nosotros lo esperábamos y ayudamos a preparar las mentes de las gentes para cuando ocurriese. Yo mismo he sido miembro de la Sociedad Teosófica durante muchos años, y, como lo sabéis, pertenezco a la Iglesia Católica Liberal.

Naturalmente, esperábamos que, cuando el Instructor viniese, aceptase las ideas que muchos sosteníamos, hasta los que pretendíamos tener amplio criterio y estar sin prejuicios. Había una aceptación casi indiscutida e indiscutible del hecho de que, por fuerza, él habría de reconocer ésta o aquella doctrina, forma de adoración o creencia, como la mejor. Teníamos, por así decirlo, un nicho, una hornacina, lista para la venida del Instructor, en la que esperábamos que él se acomodase; y si él lo hubiese aceptado, en tal sitio le hubiéramos adorado.

En vez de eso, al llegar se ha dirigido a todas partes, a toda la vida y no a una hornacina particular.

* * *

Cuando todo el mundo está enfermo con sus males, sus luchas, sus estúpidas disensiones internacionales, sus muchas y ciegas formas en las que las gentes se hieren las unas a las otras, buscamos remedios complicados, queremos un médico social que nos diga qué hemos de hacer para los sin trabajo, para nuestras guerras, para resolver nuestros problemas sociales tan variados. Pero, ¿qué es, después de todo, vuestra sociedad, sino un grupo de seres humanos? Si pudiéseis sacar de la tierra a los seres humanos todos—¡qué tierra tan tranquila tendríais!—¿dónde quedarían vuestras instituciones sociales? Siempre pensamos en estas instituciones como si fuesen objetivas, como si fuesen inmutables y permanentes cuando las gentes desaparecen. Pero solamente existe el hombre, todas las instituciones sociales tienen su vida en el hombre viviente. La única curación para las enfermedades sociales está en curar al hombre.

* * *

Todos queréis reformar el mundo, pero ¿os reformaréis a vosotros mismos? Es mucho más bonito tener una gran reunión pública y empezar en ella a cambiar al mundo. Mas el encontrar que vuestra desgracia sólo se debe a vosotros mismos es doloroso de admitir. Os gusta culpar a otros, a vuestra esposa, a vuestros hijos, a los negocios o al gobierno. Queréis cambiar todo esto; así lo hacen las gentes. Pero el cambiaros a vosotros mismos es doloroso, cambiaros significa rompimiento de las formas en las que habéis estado descansando. Significa levantaros de la butaca en la que os hundiais cada vez más. Cambiar todo esto es doloroso. Cuando alguien se presenta con el remedio decís: «Marchaos, deseamos un remedio que nos permita permanecer en la butaca y cambiar a todos los que nos rodean, pero sin cambiarnos a nosotros mismos». Por eso el remedio del Instructor es demasiado sencillo para nosotros.

Queremos una forma rígida para poder adorarla y cambiarla. Estamos mucho más interesados, como regla general, en el tecnicismo de las cosas que no en la gran cosa que significa la vida misma. En el advenimiento muchos se interesan precisamente en saber cómo tiene lugar; si se trata de una manifestación, o es la toma de posesión de un cuerpo; si se usa éste como canal o bien existe la unión de la conciencia. Me encuentro muchas personas preocupadas en averiguar cómo ocurre en realidad el advenimiento de un Instructor. Me parecen como el pequeño al que se le da un reloj. No se contenta con mirarlo; tiene que destrozarlo, y cuando lo ha hecho se ha terminado el reloj.

Tratemos de comprender el verdadero significado de la vida que se manifiesta entre nosotros, la vida que el Instructor nos muestra, porque él es uno con ella. Porque él está libre de las formas, ha entrado en la misma vida, y está, por ello en cada uno de nosotros y en toda la naturaleza. Él solo, por consiguiente, puede en verdad enseñar, como sólo la vida puede enseñar. Él, el Instructor es la Vida.

¿Qué más podemos esperar o desear?

SECCIÓN DE LA EDITORA

Para cumplir con su misión de portavoz del Mensaje que trae a la tierra el Supremo Instructor de los hombres, LA ESTRELLA tiene que cambiar incesantemente buscando siempre la más adecuada modalidad para desempeñar su glorioso papel entre las gentes de nuestra habla y de nuestra raza.

Guiada por un destino incomprensible para nosotros, ha venido a sentar sus reales en esta bella ciudad de Sevilla que, por virtud del enorme acontecimiento que se llama La Exposición Ibero-Americana de trascendencia incalculable, se ha convertido en la capital espiritual de veinte naciones.

El campo de acción de nuestra revista crece por momentos y en toda la América española se dan cuenta de que España una vez más proyecta la inefable luz de amor espiritual sobre la América donde dejó para toda eternidad su fecunda siembra de sangre y de almas.

El hecho de que la revista internacional The Star edite en esta ciudad su edición castellana, coloca a esta revista en el más apropiado centro espiritual desde donde sus alcances son formidables, pues no es ya la revista de un pueblo, sino de todos los pueblos que se calientan bajo el mismo sol de amor, y que en un mismo armonioso idioma expresan los magnos ideales de la raza.

* * *

Siguiendo la práctica establecida de buscar, entre los que consideran que el servicio es la más alta aspiración del hombre, los colaboradores para esta labor de esfuerzo y de servicio, desde estas columnas pido que dé un paso al frente el voluntario que esté en condiciones de hacer para LA ESTRELLA el trabajo de comentarista de los artículos de interés mundial que contienen las publicaciones de The Star en los demás países. Para este trabajo se precisa conocimiento de idiomas y un sereno juicio.

* * *

En este número de LA ESTRELLA empezamos a publicar una Sección especial llamada del Boletín Internacional. El publicar esta Sección es parte de los nuevos planes que se establecieron para la Revista Internacional en el Congreso de la Orden en Ommen, Holanda. El hecho de que se haga en algunas secciones de habla hispana una edición reducida del Boletín Internacional con notas locales, no significa por parte de LA ESTRELLA competencia ni actitud equívoca de ninguna clase. LA ESTRELLA en castellano tiene una tirada mensual de 5.000 ejemplares, y llega precisamente al público alejado de toda organización, y desconocedor, por completo, de lo que ocurre en la Orden de la Estrella, y publicándose en el Boletín Internacional artículos de interés palpitante no pueden dejar de darse a conocer a los lectores de la revista sin cegar una muy importante fuente de información vital para el mundo.

LA ESTRELLA se abstendrá, de manera absoluta, de publicar notas locales, y solamente verán la luz en sus columnas aquellos escritos de interés mundial que aparezcan en el Boletín que se edita en Ommen, Holanda.

* * *

Sugerimos a nuestros lectores que estén convencidos de que la mejor forma de establecer en el mundo altos ideales es difundiendo las ideas que los encarnan, la eficaz colaboración que pueden prestar a esta revista comprando un ejemplar, que pueden pedirlo juntamente con su suscripción o directamente a nuestros agentes, para regalarlo como propaganda. Si todos los lectores hicieran el pequeño esfuerzo mensual de comprar un solo ejemplar, la vida de la revista estaría asegurada y podríamos mejorarla más cada día y aumentar su tirada.

* * *

Acusamos recibo, con agradecimiento, de las siguientes publicaciones, a las que enviamos nuestro canje: The Theosophical Messenger, *septiembre;* The Star, *edición de los Estados Unidos, septiembre;* Teosofía en Yucatán, *septiembre;* El Siglo Espirita, *septiembre;* Boletín Internacional de La Estrella, *edición de España, julio y agosto;* La Raza Ibera, *de Alicante;* La Stella, Stjernen, De Ster y La Voz de Chihuahua.

La Editora de LA ESTRELLA,

G. G. de J.

Agentes de LA ESTRELLA

ESPAÑA

ALICANTE . . .	D. Emilio Reig, Plaza de Isabel II (Librería).
ALMANSA . . .	D. Enrique Martínez Saus, Aniceto Coloma, 97.
BARCELONA . .	Doña Pepita Camprodón de Villard, Diputación, 168, 3.°, 2.ª.
BILBAO	D. Ricardo G. Gorriarán, Conde de Mirasol, 5 (Librería).
CARCAGENTE . .	D. Leandro Getino, Estación Férrea.
FRAILES (Jaén) . .	D. Antonio Castro, San Antonio, 9.
JATIVA.	D. Samuel Sanchís, Plaza de Postas.
LA LINEA (Cádiz).	D. Juan Benavente, Méndez Núñez, 1.
MADRID.	Doña María Rebeca Olano, Cava Alta, 11, bajo derecha.
MALAGA	D. Ricardo García de la Torre, Plaza de la Arriola, 20.
MANRESA . . .	D. José Saumell, Santa Clara, 21, 4.°, 1.ª.
MATARÓ	D. Rafael Cisneros, San Rafael, 31 (Relojería).
MELILLA	Doña Carmen Sierra de Almeida, Prim, 10.
NERVA (Huelva). .	D. Luciano González, El Callao, 3.
SABADELL . . .	D. Juan Mas y Roca, Argüelles, 82.
TARRAGONA . .	D. Francisco Menasanch, Conde de Rius, 12.
TARRASA. . . .	Doña Carmen Bendranas, San Isidro, 79.
TOLEDO.. . . .	D. Fernando Molina, Sillería, 20.
TORRES DE ALBANCHEZ (Jaén).	D. Juan Zamora.
VALENCIA . . .	D. Marcos Martínez, Clarachet, 11, pral.

EXTRANJERO

ARGELIA

D. Alfredo de las Peñas, 24, Boulevard Marceaux, 24, Orán.

COLOMBIA

D. Guillermo Vengoechea, Apartado, 539, Bogotá (Colombia).

GUATEMALA

D. Osberto Wyld Ospina, Apartado 60, Ciudad de Guatemala, A. C.

MÉXICO

D. Adolfo de la Peña Gil, Apartado 8014, Ciudad de México.



Se ruega atentamente a todos los señores Agentes se sirvan comunicar a esta Administración inmediatamente que reciban el envío de la Revista.

Se les suplica igualmente se sirvan hacer sus liquidaciones de venta de ejemplares y suscripciones en una fecha fija mensualmente.

Se solicitan Agentes en las poblaciones de España no mencionadas en esta página. Escríbase pidiendo detalles a la Editora, Sierpes, 78, Sevilla.